

Un desencuentro superable

Rafael Rojas

A GRADEZCO A MIGUEL SALUDES GARCÍA LA NOTA «ENCUENTROS QUE NO LO SON», en la que critica un párrafo de mi ensayo «Políticas Invisibles». Sus reparos son llamadas de atención, a quienes residimos fuera de Cuba, sobre el cuidado con que se debe tratar una zona tan sensible y mal conocida de nuestra historia contemporánea como es la disidencia interna.

En varias ocasiones he manifestado públicamente mi respeto y admiración hacia quienes, en condiciones más desfavorables que en otros regímenes totalitarios, se oponen, dentro de la isla, al gobierno de Fidel Castro. Sin embargo, también pienso que en una cultura democrática las oposiciones son tan criticables como los gobiernos. La crítica, como decía Octavio Paz, es la brújula moral de la modernidad y si deseamos la democracia para Cuba debemos familiarizarnos con ella desde ahora.

Ese no era, por cierto, el objetivo de mi ensayo. Si se lee todo, y no un párrafo fuera de contexto, es fácil percibir que mi argumento es que la disidencia no logra comunicarse plenamente con la sociedad cubana porque el régimen castrista está estructurado *de jure* y *de facto* para aniquilar cualquier indicio de oposición. Sin derechos civiles y políticos elementales, sin libertades públicas, sin un espacio de opinión, las políticas opositoras se vuelven invisibles, no porque sus líderes se oculten, sino porque carecen de los medios necesarios para difundir sus opciones.

La susceptibilidad que demuestra la reacción de Saludes García alcanza un tono inquietante. Por momentos parece reclamar de los escritores del exilio una glorificación de la disidencia interna. Cuando en mi ensayo digo que esos pequeños movimientos «logran sobrevivir, a duras penas, entre una cárcel y otra» y que «la Seguridad del Estado vigila y castiga sus pasos», estoy mostrando serenamente mi simpatía por aquellos que arriesgan sus vidas en la promoción de las ideas democráticas. Pero admito que, por un recelo condicionado frente al heroísmo político, pude referirme a esa peligrosa labor con frases que resulten altivas o desdeñosas a sus protagonistas.

Creo, con todo respeto, que Miguel Saludes García está mal informado sobre mi trabajo si piensa, como parece insinuar en la última oración de su nota, que soy «un instrumento que se presta para aplastar» a los disidentes cubanos. Una vez más confirmo la tesis de aquel ensayo: no nos vemos.